

DEL SECRETO DE DIOS -

Del Rev. Miguel Limardo -

Por Abelardo Díaz Alfaro -

Leer en estos días aciagos, estas confortadoras parábolas que bajo el sugestivo marco "Del Secreto de Dios" nos regala el ungido varón de la andanza apostólica, Rev. Miguel Limardo, es como beber ávidos en el claro hontanar bíblico el agua milagrosa que tornara la carne inmunda del leproso en albura de lirio, y el ojo en sombras en diáfano espejo de los cielos clementes, inundados de la luz inefable que aureoló la frente del Maestro en el hesitar del huerto.

"Del Secreto de Dios" es el mensaje recóndito, profundo del libro. Secreto que nadie quiere escuchar. Apenas audible, para el bronco oído humano, en medio del estruendo mundanal, del grito ríspido, y la proclama airada. Suave como el véspero en el oro en marejada de los trigales, dulce como el canto de una tórtola en la gloria bermeja del alba. Sólo inteligible para los de limpio corazón de niño, y los de mansedumbre resignada de corderos pascuales, que doblegan los hinojos ante la cruz temblorosa del Calvario. Ellos pueden discernir claramente, en medio de la alharaca, de la bulla infernal, la voz conmovida en los huertos solitarios, esperanzada sobre el alcor verdecido, consoladora, sobre la quietud arremansada del lago. Les es concedido el don privilegiado de escuchar esa música que preside el concierto unánime de las esferas, en contrapunto de estrellas, la del ovillado caracol marino que en su recinto mínimo, recoge el pulso del mar, su latido perenne, como si fuera el mismo corazón de Dios palpitando ante la

indiferencia de los hombres.

Tu libro, tu brevario, Limardo, hombre limpio en el pensar, noble en la acción desprendida, sin petulancia de fariseo, sin faramalla libresca de escriba, me conduce dócilmente hacia los polvorientos caminos de la Galilea y la Samaria, donde avanza la figura esclarecida del Maestro, entre el florecer níveo de los lirios, la roja proclama de las rosas de Sarón, la promesa henchida de las vidas ^e en agraz y la dormida urdimbre de los olivares. Su palabra -grano de oro-, espiga de eternidad, crece a ciento y a mil, sobre el adusto erial y el yermo inhóspito. Lo veo llorar -ojos de lumbre de eternidad- junto a los muros leprosos de concupiscencia de la Jerusalem irredenta, que yergue indómita sus cúpulas enrojecidas con sangre generosa de profetas y visionarios que forjaron con el sueño y la poesía la Jerusalén celestial, de ~~muros~~ ^{cúpulas} de pórfito que irrumpen diafanizados, magníficos en la cimera bóveda celestial.

"Jerusalem, Jerusalem, que matas y apedreas a los profetas" Y pienso como tú, ¿cómo mirarían los ojos del Maestro?, limpios de nube de pecado, puros como una alborada sobre el cobalto trémulo del Tiberíades, a esta humanidad raída de odio, escoriada de pecado. ¿Cómo se arrasarian de lágrimas contemplando su iniquidad, su ludibrio, su arrogancia, desde los babélicos almenares del Empire State Building y los foscos minaretes de Moscú? ¿Cómo sangrarían sus ojos de misterio, traspasados por un dolor más hondo, que la lanza en el costado, al presagiar el derrumbe de una civilización irreverente, adoradora de Baal, que encontró la ruta ancha y procelosa de los planetas,

ignorando el camino estrecho, la ruta breve y recóndita de Belén? "¿De qué le vale al hombre granjearse la tierra si pierde su alma?

Los insensatos, "Los hombre de poca fe", no pueden escuchar el balbucir del niño en el oro trémulo de la paja ante el asombro dócil de las bestias buenas. Lo ahogan las voces agrias, las voces amargas, el aullido de los chacales, el rugir de las hienas, de las selvas de cemento y acero. Fariseos y escribas, apóstatas de apócrifos evangelios de violencia e intriga, que con el verbo sinuoso quieren silenciar el fluir pródigo y ^{candoroso} ~~candoroso~~ de la inagotable fuente bíblica, propiciadora de vida inmortal.

Sí, mi querido salmista del laúd profético, vociferan alto, muy alto, porque están sordos, vacíos por dentro como el cántaro quebrado, y en la vorágine de esta música bárbara, quieren acallar el secreto elocuente de Dios. Su mensaje de lumbré eternal, en los "días oscuros", los del peregrino del torpe cayado en el "valle de sombra y de muerte". "Tu vara y tu cayado me infundirán aliento". Y buscan afanosos la luz. La luz de fuera, la de los astros, la de las constelaciones distantes. Pero no la que llevamos dentro, y nos crece luminosa como la rosa de Jericó, en los ocultos recintos interiores, en los olvidados predios del alma. ¿Por qué lado del mundo cae esa luz, ese lampo de alborada que mana de la remota estrella que derramó su lumbré de paz, sobre los tibios casales de Belén, sobre un portal florecido en la historia? Hacia Belén es el llamado ineludible, a doblegar la soberbia ante la poesía de

lo mínimo, a claudicar toda voluntad ante la inocencia y el candor de un niño. Ante la cruz que se empina solitaria y augusta contra la púrpura sangrante del ocaso.

Limardo, cruzado de la enseña heráldica del cordero pascual, te agradezco muy en lo hondo de mi espíritu, este manojo fragante de parábolas tiernas "como las florecillas" de San Francisco de Asís, como los lirios del campo que iluminaran la huella sangrante del Maestro, porque volviste mis pasos descarriados hacia el abrigo tibio del redil. "Yo soy el buen pastor" "El buen pastor su vida da por las ovejas". Y sobre todo, porque en la cerrada tiniebla de estos días oscuros de desolación y de histeria, abriste un resquicio de luz inédita, y me conminaste al dulce, cálido reclamo del Maestro. "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar". Voz tan leve, como si fuera el mismo silencio el que la enunciara, tan frágil que podría quebrarse en la bronca arcilla humana. Mar sin oleaje, silencio de la conciencia, síntesis de toda voz, de todo trino. Para ser escuchada como una oración en la tarde declinante. Voz cernida en la caña rota de las guajanas, tan ahilada, tan melodiosa, que precisa que el oído se afine, se adelgace, se torne sensible cuerda de lo arcano, ovillado caracol marino que su estrecho recinto acuna la grandiosa cadencia del mar, como una lágrima en su breve linfa toda la gama incolmable de los cielos.

Así, en voz iluminada de salmista, en nota de címbalo y salterio, de shofar y pífano de liturgia evangélica, síguenos narrando tu mensaje de esperanza, el siempre eterno y siempre

nuevo mensaje de la cruz, ahora con más fervor cuando escribas y fariseos del rojo sanedrín quieren inmolar al dulce aeda de los caminos de la Galilea y la Samaria. Y gritan como ayer ante el pretorio: "Crucifícale, crucifícale". Y en el vértigo de la prédica tendenciosa, de la proclama iracunda, tratan inutilmente de apagar el sonoro y elocuente clamor del monte, su consigna de paz sobre las cumbres estremecidas de luz. "Yo soy la luz del mundo. Una ciudad sentada sobre un monte no se puede ocultar."

Mi caro amigo de la andanza apostólica, el Secreto de Dios, le será comunicado al hombre cuando Cristo habite en cada ser, y la precaria levadura humana se incendie con su lumbre poderosa, cuando el oído peracedero se afine, se torne sensible cuerda de lo arcano, ovillado caracol en que se escuche como en rumor de aguas saltarinas, vivas, su timbre de eternal pureza.

Del Secreto de Dios

Del Rev. Miguel Limardo

Por Abelardo Díaz Alfaro
(Especial para EL MUNDO)

Leer en estos días aciagos, estas confortadoras parábolas que bajo el sugestivo marco "Del Secreto de Dios" nos regala el ungido varón de la andanza apostólica, reverendo Miguel Limardo, es como beber ávidos en el claro hontanar bíblico el agua milagrosa que tornara la carne inmundada del leproso en albura de lirio, y el ojo en sombras en diáfano espejo de los cielos clementes, inundados de la luz inefable que aureoló la frente del Maestro en el hesitar del huerto.

"Del Secreto de Dios" es el mensaje recóndito, profundo del libro. Secreto que nadie quiere escuchar. Apenas audible, para el bronco oído humano, en medio del estruendo mundial, del grito ríspido, y la proclama airada. Suave como el véspero en el oro en marejada de los trigales, dulce como el canto de una tórtola en la gloria bermeja del alba. Sólo inteligible para los de limpio corazón de niño, y los de mansedumbre resignada de corderos pascuales, que doblegan los hinojos ante la cruz temblorosa del Calvario. Ellos pueden discernir claramente, en medio de la alharaca, de la bulla infernal, la voz conmovida en los huertos solitarios, esperanzada sobre el alcor verdecido, consoladora, sobre la quietud arremansada del lago. Les es concedido el don privilegiado de escuchar esa música que preside el concierto unánime de las esferas, en contrapunto de estrellas, la del ovillado caracol marino que en su recinto mínimo, recoge el pulso del mar, su latido perenne, como si fuera el mismo corazón de Dios palpitando ante la indiferencia de los hombres.

Tu libro, tu breviario, Limardo, hombre limpio en el pensar, noble en la acción desprendida, sin petulancia de fariseo, sin faramalla libresca de escriba, me conduce dócilmente hacia los polvorientos caminos de la Galilea y la Samaria, donde avanza la figura esclarecida del Maestro, entre el florecer niveo de los lirios, la roja proclama de las rosas de Sarón, la promesa henchida de las vidas en agraz y la dormida urdimbre de los olivares. Su palabra — grano de oro — espiga de eternidad, crece a ciento y a mil, sobre el adusto erial y el yermo inhóspito. Lo veo llorar — ojos de lumbre de eternidad — junto a los muros, leprosos de concupiscencia de la Jerusalem irredenta, que yergue indómita sus cúpulas enrojecidas con sangre generosa de profetas y visionarios que forjaron con el

sureño y la poesía la Jerusalem celestial, de muros de pórfido que irrumpen diafanizados, magníficos en la cimera bóveda celestial. "Jerusalem, Jerusalem, que matas y apedreas a los profetas". Y pienso como tú, ¿cómo mirarían los ojos del Maestro?, limpios de nube de pecado, puros como una alborada sobre el cobalto trémulo del Tiberiades, a esta humanidad raída de odio, escoriada de pecado. ¿Cómo se arrasarían de lágrimas contemplando su iniquidad, su ludibrio, su arrogancia, desde los babélicos almanaes del Empire State Building y los foscas minaretes de Moscú? ¿Cómo sangrarían sus ojos de misterio, traspasados por un dolor más hondo, que la lanza en el costado, al presagiar el derrumbe de una civilización irreverente, adoradora de Baal, que encontró la ruta ancha y procesosa de los planetas, ignorando el camino estrecho, la ruta breve y recóndita de Belén? "¿De qué le vale al hombre granjearse la tierra si pierde su alma?"

Los insensatos, "los hombres de poca fe", no pueden escuchar el balbucir del niño en el oro trémulo de la paja ante el asombro dócil de las bestias buenas. Lo ahogan las voces agrias, las voces amargas, el ahullido de los chacales, el rugir de las hienas, de las selvas de cemento y acero. Fariseos y escribas, apóstatas de apócrifos evangelios de violencia e intriga, que con el verbo sinuoso quieren silenciar el fluir pródigo y candoroso de la inagotable fuente bíblica, propiciadora de vida inmortal.

Si, mi querido salmista del laúd profético, vociferan alto, muy alto, porque están sordos, vacíos por dentro como el cántaro quebrado, y en la vorágine de esta música bárbara, quieren acallar el secreto elocuente de Dios. Su mensaje de lumbre eternal, en los "días oscuros", los del peregrino del torpe cayado en el "valle de sombra y de muerte". "Tu vara y tu cayado me infundirán aliento". Y buscan afanosos la luz. La luz de fuera, la de los astros, la de las constelaciones distantes. Pero no la que llevamos dentro, y nos crece luminosa como la rosa de Jericó, en los ocultos recintos interiores, en los olvidados predios del alma. ¿Por qué lado del mundo cae esa luz, ese lampo de alborada que mana de la remota estrella que derramó su lumbre de paz, sobre los tibios casales de Belén, sobre un portal florecido en la historia? Hacia Belén es el llamado ineludible, a doblegar la soberbia ante la poesía de lo mínimo, o claudicar toda voluntad ante la inocencia y el candor de un niño.

Ante la cruz que se empina solitaria y augusta contra la púrpura sangrante del ocaso.

Limardo, cruzado de la enseña heráldica del cordero pascual, te agradezco muy en lo hondo de mi espíritu, este manojito fragante de parábolas tiernas "como las florecillas" de San Francisco de Asís, como los lirios del campo que iluminarán la huella sangrante del Maestro, porque volviste mis pasos descarriados hacia el abrigo tibio del redil. "Yo soy el buen pastor" "El buen pastor su vida da por las ovejas". Y sobre todo, porque en la cerrada tiniebla de estos días oscuros de desolación y de histeria, abriste un resquicio de luz inédita, y me conminaste al dulce, cáldido reclamo del Maestro: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar". Voz tan leve, como si fuera el mismo silencio el que la enunciara, tan frágil que podría quebrarse en la bronca arcilla humana. Mar sin oleaje, silencio de la conciencia, síntesis de toda voz, de todo trino. Para ser escuchada como una oración en la tarde declinante. Voz cernida en la caña rota de las guajanas, tan ahilada, tan melodiosa, que precisa que el oído se afine, se adelgace, se torne sensible cuerda de lo arcano, ovillado caracol marino que su estrecho recinto acuna la grandiosa cadencia del mar, como una lágrima en su breve linfa toda la gama incolmable de los cielos.

Así, en voz iluminada de salmista, en nota de címbalo y salterio, de shofar y pífono de liturgia evangélica, síguenos narrando tu mensaje de esperanza, el siempre eterno y siempre nuevo mensaje de la cruz, ahora con más fervor cuando escribas y fariseos del rojo sanedrín quieren inmolarte al dulce seda de los caminos de la Galilea y la Samaria. Y gritan como ayer ante el pretorio: "Crucifícale, crucifícale". Y en el vértigo de la prédica tendenciosa, de la proclama iracunda, tratan inútilmente de apagar el sonoro y elocuente clamor del monte, su consigna de paz sobre las cumbres estremecidas de luz. "Yo soy la luz del mundo. Una ciudad sentada sobre un monte no se puede ocultar".

Mi caro amigo de la andanza apostólica, el Secreto de Dios le será comunicado al hombre cuando Cristo habite en cada ser, y la precaria levadura humana se incendie con su lumbre poderosa, cuando el oído perecedero se afine, se torne sensible cuerda de lo arcano, ovillado caracol, en que se escuche como en rumor de aguas saltarinas, vivas, su timbre de eternal pureza.